

El teléfono de la cabina del velador sonaba por cuarta ocasión. Estaba exhausta, pero si lograba llegar a la barda teniéndolos a más de diez metros de distancia se salvaría. A diferencia de otras pensiones nocturnas en ésta no había perros que pudieran delatarla. Eso, pensó, era una pequeña manifestación de la suerte a su favor. Alcanzaba a oír los cuchicheos de sus perseguidores lejos del Sentra debajo del cual estaba escondida. La única manera de escapar era ser más veloz que ellos y saltar el muro de dos metros de altura que la separaba de avenida Universidad. Al escuchar cada vez más cerca las pisadas cuidadosas sobre la grava, una última inyección de su reserva de adrenalina le fluyó de un extremo a otro del cuerpo. Las pisadas interrumpieron su amenaza para luego dirigirse en sentido contrario hasta casi perderse en el silencio y en la oscuridad del estacionamiento. Notó que se había mordido el labio inferior con demasiada fuerza y en su boca empezaban a confundirse los sabores minerales de la sangre y de la arena sucia. La sobresaltó el claxon de un camión que pasaba a exceso de velocidad del otro lado de la barda. Después de eso, volvería el silencio, y quizá entonces tendría la oportunidad que esperaba. Sus ojos secos y saturados de polvo fino no podían enfocar a demasiada distancia, por eso tenía que confiar en su oído y sobre todo en su instinto, pues la agilidad, esta vez, no la favorecía frente a aquellos hombres con las cabezas cubiertas. Percibió de nuevo los murmullos de sus perseguidores. De un momento a otro se darían por vencidos y tendrían que salir de la pensión, ya que el teléfono de la cabina había dejado de sonar y las sospechas

harían que alguien, no importaba quién, fuera enviado a verificar las razones de la ausencia del velador. Sintió cómo el cansancio la estaba derrotando y supo que, de aguantar unos instantes más en esa posición, se salvaría. Fue en ese momento cuando empezó el desfile, mientras la sangre dejaba de gotearle en la barbilla. Varios autobuses con rumbo al norte circulaban por la avenida, produciendo el escándalo suficiente para salir de debajo del coche, correr hacia la barda, saltarla, pedir auxilio. Se le ocurrió que la mejor manera de atraer la atención allá afuera sería cruzarse en el trayecto de la caravana para ganar tiempo y abuyentar a quienes le daban caza, si es que aún rondaban por ahí. Lo importante era brincar el muro. Llamaría por teléfono a su padre, a Joel, al número de emergencias, eso lo decidiría en aquel momento, no ahora. Porque para entonces estaba desmayada debajo del Sentra azul.

Relataba los hechos con un aplomo que incluso a ella le sorprendía. Del otro lado del escritorio el abogado tomaba nota de los acontecimientos y levantaba las cejas cada vez que ella, contra su voluntad, pronunciaba extensas tiradas de groserías. El hombre, cuya mirada atenta no se separaba de la mujer que relataba los sucesos de la noche anterior con tranquilidad sospechosa, sacó del cajón un mapa arrugado, señaló un punto al azar y dijo: «aquí estamos, lindura». Al principio a ella le costó trabajo entender, pues la voz del hombre era demasiado tenue. Luego supo que estaba soñando y que más le valía no volver en sí. Mientras el abogado se abría el cierre del pantalón ella contuvo la sensación de asco que se le estaba volcando en la garganta y abrió la boca, decidida a salvarse. Sonó su celular en aquel momento inoportuno. Despertó.

Seis hombres hacían alboroto discreto alrededor del auto. Un golpe contundente en la nuca y el posterior rebote de la cara en el piso dejaron a la joven aturdida hasta lo absurdo. Segundos más tarde intentó arrastrarse usando los codos y las rodillas, quiso pronunciar algo pero, extraviado ya todo dominio de sí, se alarmó al sentir las cavidades que los dientes reventados habían dejado en su boca. Dos de los dientes se le atoraron en la garganta. El resto descendió por la tráquea. Los perseguidores se miraron unos a otros para sondear quién había sido el que casi arranca de tajo la cabeza de la mujer con

una defensa de camioneta, pues ese mismo sería el bravo que tendría que darle las gracias por participar en el juego. Nadie tuvo el valor, sin embargo, de adelantarse a los demás. La muerte, o un enviado de la muerte, emergió de lo profundo en aquel estacionamiento de suelo sin pavimentar y los seis hombres observaron aterrados cómo se apoderaba del cuerpo de la muchacha de pantalones ahora mojados. La muerte, o lo que fuera, les sonrió con la misma lubricidad vista por la joven en los labios del abogado de su sueño. Apenas tuvieron tiempo de mirar una trompa de metal apuntándoles antes de hacer fuego. Terminó de transitar la caravana de autobuses sobre avenida Universidad y ningún sonido perturbaba hasta entonces la tranquilidad de los vecinos.

No presento al invitado de esta noche, nuestra sesión tercera, pues todos habremos de reconocerlo. Así pues, le cedo la palabra.

«—Antes de venir acá pasé a la librería. Vi en la mesa de novedades tres títulos míos que tal vez algunos de ustedes conozcan al menos de oídas. Dos novelas escritas hace más de quince años y un libro de cuentos. También noté que en la misma mesa estaba la edición en español de la novela de un amigo y compatriota mío, un texto que cuenta el viaje ficticio del detective Holmes a Río de Janeiro y cuya lectura me dejó con la desagradable sensación de haber perdido el tiempo. A mi entender existen demasiados libros y, por si fuera poco, caros. Esa fue la razón por la que decidí ponerme a escribir aquella primera vez, una noche en que comentaba con una novia la novela que los dos acabábamos de leer y nos dimos cuenta de que habíamos botado nuestra plata. O mejor, habíamos depositado la mayor parte de esa suma en las carteras de un editor y varios distribuidores, de cuyas cuentas bancarias escurriría apenas un pequeño porcentaje al bolsillo del autor, alguien de quien no quiero pensar mal, pues se había esforzado por escribir algo digno aunque sin resultados demasiado favorables.

»Pero eso no bastaba para que mi novia y yo nos consoláramos por aquella pérdida. Entonces decidí ponerme a redactar una historia que fuera del agrado de ambos y así evitar volver a gastar nuestro poco dinero. Dicha historia nunca se publicó a pesar de la insistencia y la buena fe de mi compañera. Un día nuestra relación acabó y dejé de escribir. Sólo leía libros prestados o de la biblioteca. Años después, ya entrado en los treinta y harto de mi empleo en el ministerio público del barrio en que vivía, mientras observaba un partido de fútbol que terminó sin goles, resolví escribir un cuento sobre un tipo que no puede soportar más la humillación, la violencia contra sujetos anodinos como él, el desprecio de las mujeres, los altos honorarios de los dentistas y los partidos de fútbol que terminan con empate a ceros. Descargué algo

de mi frustración al escribir ese cuento y tuve éxito al publicarlo en una revista de amplia circulación que me pagó dos relatos más por adelantado. Que si mi voz le daba una nueva dimensión a la narrativa de la violencia. Que si el cuento evidenciaba con saña estética la realidad suburbana de mi país. Que si no era la obra de un loco, entonces era la de un escritor extraordinario, dijeron. Completé un libro con relatos similares. Luego hice una novela con un abogado como personaje principal, al cual tuve cuidado de no dotarlo de demasiados atributos, pues no quería llegar a tenerle celos o a ser confundido con él. Vinieron premios e invitaciones a diversos encuentros internacionales. Me compré mi primer auto, un jeep del año. Intenté armar un libro de poesía minimalista, pero al revisarlo antes de enviarlo a la editorial me di cuenta de lo poco que valía y de lo mucho que me recordaba a mí mismo cuando era adolescente. Ahora viajo, sigo recibiendo premios, soy uno de los consentidos de la crítica y de cuando en cuando escribo cuentos que no siempre termino. No me gusta retomar esos escritos inconclusos, prefiero añadirles unas cuantas palabras para que no queden como cuerpos llenos de muñones y entonces me hago a la idea de que son relatos de final abierto. De mí puedo decir que soy un tipo desencantado pero con mucha suerte después de los treinta y cuatro años, un poco como le sucedió a Mahoma al iniciar la Hégira.»

1

1

LAS REGLAS

El objetivo era que el juego se les saliera por completo de las manos, porque el afán conspiratorio fraguado en la adolescencia tardía jamás se desvanece. Esa noche en la reunión los visitó Rubem Fonseca durante media hora. Los cinco que lo escuchaban sabían quién era y coincidieron en que «El juego del muerto» era el mejor de sus cuentos, o al menos el que tenían en mayor estima, pues les evocaba en algo la actividad que tres semanas atrás habían comenzado a escondidas de sus esposas, novias o amantes. Incluso a escondidas de ellos mismos, pues a la mayoría le habría dado vergüenza confesar frente al espejo su pertenencia a un grupo como ese. No eran millonarios, pero quizá sí algo estúpidos y con deseos de hallar alguna diversión inofensiva. Algunos se entusiasmaron con la idea de formar un círculo de lectura los viernes por la noche. Otros se inclinaban por algo más activo, algo que no se pareciera a ir a tomar el té con viudas y quedadas feministas de un barrio de clase media. Tal vez un círculo en donde se contaran historias masculinas les vendría bien. Pero faltaba algo que inyectara emoción a cada encuentro y que de paso les funcionara de aliciente para llegar a la primera noche de cada fin de semana. Al no conseguir acuerdo alguno decidieron optar por las primeras dos propuestas que se les habían ocurrido: tener un huésped y contar un relato corto. Debía ser un huésped importante, de preferencia que todos reconocieran tras pocos minutos de monólogo. Para establecer los

condicionamientos del relato cada uno escribió una cifra en una servilleta, se hizo la suma de los números y con el resultado se estableció la cantidad exacta de palabras que podrían utilizarse. El resto de las actividades serían planeadas durante las sesiones de acuerdo a las anécdotas e historias escuchadas. Una vez esbozado el plan de las futuras reuniones, los seis bebieron de sus vasos y dirigieron su atención hacia el grotesco espectáculo desarrollado en la pista del tugurio. Aquella era la noche de su reencuentro luego de varios años sin verse.

Pero el debut de las reuniones no fue esperanzador. Nadie, salvo uno, cosa lógica, reconoció al invitado. Se trataba de un señor cubano que había escrito una serie de novelas kitsch en las que él mismo era el protagonista. Había sufrido la persecución del gobierno durante veinte años y el rechazo por parte de su familia, sus amigos y sus compañeros de gremio. Salió exiliado de la isla con rumbo a Miami y años después filmaron una película sobre su vida. Reinaldo Arenas se había suicidado en 1990, enfermo de sida.

A la siguiente semana fue el turno de un escritor vivo y en activo, el señor Paul Auster. Todos afirmaron haber leído al menos alguno de sus libros ya fuera por casualidad, por gusto o por recomendación, y todos, incluso el invitado, se sorprendieron y congratularon porque esa afinidad electiva hubiera surgido apenas en la segunda reunión del círculo. Ese era el tipo de narradores que necesitaban para completar la casi hazaña de juntarse cada viernes a practicar una versión adulta y ridícula del «Adivina quién». Más que de sus libros el escritor habló sobre cocina y beisbol. Se sentía orgulloso de haber visitado todos los estadios de las grandes ligas y de su colección de gorras autografiadas, le gustaba la comida mexicana y la cantonesa pero carecía del sazón adecuado para preparar alguno de esos platillos, acostumbraba tomar una cerveza Duvel o Corona antes de irse a dormir y tenía un par de perros sin raza definida, Gary y Mr. Met. Aunque en su juventud había realizado largos viajes por diversas partes del mundo se consideraba un sujeto hogareño, apartidista,

fanático del cine negro clásico y del experimental, un gusto forjado por los cuatro años espléndidos en que tuvo a cargo la dirección del cineclub de su universidad. Aquella segunda sesión se convirtió de pronto en una reunión de amigos que bien pudo haberse extendido hasta la madrugada de no ser por la impaciencia del miembro que estaba obligado a componer y leer su relato. Con tan agradable experiencia los seis participantes esperaban consolidar el círculo en la sesión próxima, un éxito que la celebridad invitada, antes de despedirse, les deseó a todos con una sonrisa tan cordial que rozaba la hipocresía.

Cada viernes, en sus respectivos domicilios, había una mujer que los estaba esperando. O cuando menos eso presumían. Ninguna de ellas se enteraría de lo que su compañero solía hacer esas dos horas de la noche del viernes puesto que en general no les interesaba. Y si hubo alguna que cuestionara las andanzas de su pareja nunca, hasta donde se sabe, llegó a expresar su curiosidad de manera directa. Ese insignificante lapso a la semana equivalía a lo que por confortante pereza llamaban *darse un espacio*, olvidarse de que uno debe llevarse puesto no sólo una semana, sino innumerables semanas y noches de fastidio durante lo que a cada quien le corresponde de vida, ni más ni menos, con o sin pareja a la cual se está condenado a hacer feliz en lo posible, y encima, por si eso no fuera suficiente (hay que repetirlo), llevarse puesto a uno mismo. Ellos tenían un pasado común aunque no eran lo que se dice amigos íntimos, ni siquiera se contaban dentro del grupo de personas con las que se acostumbra beber un trago de vez en cuando o se comparte una cena, una novia, y mucho menos una confidencia. Ninguno le había pedido a alguno de los otros que fuera padrino de su hijo o hija, y cuando un par de ellos por pura eventualidad llegaba a encontrarse ambos se despedían acudiendo al infalible «nos llamamos por teléfono para vernos pronto», cerrando con diplomacia aquellas situaciones incómodas. Luego, al darse la espalda, se relajaban y seguían su ruta por los pasillos del supermercado obligándose

a no recordar más el asunto hasta el próximo encuentro, sin imaginar que alguna vez volverían a reunirse todos juntos bajo una circunstancia tan extraña.

El invitado de la primera reunión sería Morgan Freeman, o al menos ese era el plan de quien se había ofrecido como el encargado de hacer aparecer al huésped que animaría la sesión de apertura, mas no halló los datos necesarios que le habrían permitido sorprender al círculo con la presencia de ese personaje inconfundible de películas de balaceras nocturnas. Antes de pensar en Paul Auster, el segundo en la lista abrigaba la intención de obsequiar a su pequeño auditorio la visita del cineasta Jean Vigo, pero dado el poco éxito que la semana anterior había obtenido el escritor cubano tuvo que inclinarse por alguien más popular.

Así, sin habérselo propuesto en un principio, las sesiones celebradas en el departamento número dieciséis recibieron casi como regla a un escritor o algo semejante. El tercero en la lista no enfrentó ningún problema con su propuesta de invitado pues sabía que Fonseca era un autor de cierta fama entre el tipo de gente que conformaba el grupo, e incluso en el remoto caso de que alguno no lo conociera podrían leer ahí mismo la traducción de un texto corto de su autoría, mas dicha previsión fue innecesaria. El invitado había resultado buen conversador y al parecer se encontraba a gusto. Le hacían preguntas sobre su experiencia poética tan poco difundida, sobre sus paisajes predilectos y sobre muchas otras cosas de importancia similar. Él respondía con cordialidad pregunta tras pregunta, y además se dio unos minutos para hablar sobre su primer coche y su fascinación por los ferrocarriles, siempre en un tono banal que a todos complació. Las luces se encendieron, el huésped agradeció de forma rápida, pues lo estaban urgiendo a abandonar su lugar preferencial, y luego los anfitriones intercambiaron comentarios favorables acerca del brasileño a pesar del incidente ocurrido al final de su charla, lo cual se desplazó a segundo o tercer plano dada la expectación por la lectura del relato que cerraría la reunión.

Una de las condiciones era no realizar juicios sobre los relatos que se habrían de dar a conocer tras la intervención del invitado. Ninguno de los participantes podía considerarse buen narrador, ni siquiera alguien capaz de producir una historia aceptable a medias, a lo cual se sumaba el inconveniente de tener un lapso tan corto para improvisarla. Lo que contaba eran las palabras. Después, ni aplausos ni rechifla. Nada de «yo habría preferido» o «¿y por qué no?». Aquella lectura quedaba olvidada, o mejor, suspendida y archivada bajo los cojines del sillón de la sala, hasta que volvieran a ponerse sus máscaras al viernes siguiente por la noche.

Si bien al inicio tenían sus reservas sobre la perdurabilidad del círculo, durante el transcurrir de las primeras semanas el grupo se fue consolidando. Los detalles del encuentro inaugural casi habían sido borrados de la memoria de quienes presenciaron la visita de Reinaldo Arenas. Poco recordaban de lo que había hablado, pero si se hubieran interesado en recabar los fragmentos de aquella conversación habrían compendiado ciertos datos interesantes. Por ejemplo, el acentuado anhelo de viaje que el escritor guardaba antes de su exilio, ambición que se viera defraudada por la pobre experiencia de sólo dos o tres días en París, una semana en Toledo y un par de lunas menguantes observadas desde el patio de un hotel de la capital española, noches que él hubiera preferido pasar en cualquier ciudad de Italia, país idóneo para ingerir el contenido del frasco de Fenobarbital que le provocaría la muerte, esa muerte que al fin lo arrojó en un departamento húmedo del Hell's Kitchen, en Nueva York. Ya pocos le prestaban verdadera atención cuando habló de su insistencia en encontrar el modelo físico perfecto, un joven andrógino de talante frío e impassible con esa atmósfera neblinosa característica de las esculturas, la cual se obstina en resaltar la nitidez de sus perfecciones sobre el pedestal. Quiso resarcirse de esta última opinión argumentando que también un hombre puede encontrar a la mujer ideal en cualquier sitio, siempre y cuando dicho sitio se halle a muchos kilóme-

tros de distancia de donde se ha nacido, pero el remedio no surtió efecto. Minutos después los miembros del círculo le tendieron uno a uno la mano antes de pasar a la lectura del texto que cerraba la primera sesión.

Al viernes siguiente les costó dominar su asombro al ver que nadie se había ausentado. Sus vidas habían transcurrido toda la semana sobre la misma convencionalidad con la que se desplazan las acciones no relatadas de cualquier personaje de novela: aparecen, hablan, cambian su estado de ánimo, desaparecen de las líneas del texto, se desenchufan y vuelven a encenderse páginas más adelante, emiten su parlamento, cambian su estado de ánimo y luego se esfuman. Tal vez estaban en su derecho al quejarse de sus malestares estomacales, del estrés laboral, de la falta de apetito sexual de su pareja o de ellos mismos. Pero como cualquier personaje de novela lo habría hecho, prefieren omitir sus lamentos al instante en que entran a la sala donde se reúnen. Se transforman, aunque no demasiado, evaden la pesadez de tener que ser ellos y no otros, disfrutan del encuentro con cinco tipos de existencia difusa, escuchan y hablan, escuchan, salen a encarar la oscuridad de las calles remendadas cuadra a cuadra por el alumbrado público. Desenchufarse, desaparecer. Y a las páginas siguientes, quizá a la línea siguiente, volver a aparecer.

Después de haber estado atentos a las palabras de Paul Auster, su segundo invitado, durante cerca de una hora, se les ocurrió pedirle que contara algún incidente ridículo acontecido en sus años de viajero. Si bien la primera anécdota no era cómica las risas recubrieron el techo y las paredes de la sala, propagándose a las habitaciones aledañas. En definitiva este gringo sí era un buen narrador. Contó dos o tres historias de juventud más en las que se veía envuelto en situaciones grotescas de las que salía librado por muy poco. A pesar de todos los esfuerzos el tiempo se impone y el segundo invitado se levanta para despedirse de sus anfitriones extendiéndoles una sonrisa y sus mejores deseos. Escuchan en silencio el relato que da fin de la reunión.

Acababan de iniciar la sesión tercera. De nuevo, los seis miembros estaban ahí. Según las palabras de quien esa noche hacía de guía no era necesario presentar al invitado. Otra vez era un escritor y como suele suceder con ese tipo de personas inició su participación hablando del momento en que había decidido volverse literato. La caracterización era notable. La mejor en lo que iba de las reuniones. Expresó su deseo de dirigirse a la región desértica del centro del país y su auditorio supo dibujar en el rostro una sonrisa comprensiva y nostálgica. Se había ganado cien puntos de cien con ese comentario, y muchos más con los detalles de su problemática relación con su esposa actual, una rubia a la que le duplicaba la edad. Luego reflexionó sobre lo que él llamaba la incomprendida filosofía islámica, de la cual se consideró a sí mismo apenas un modesto conocedor, pero dada la completa ignorancia de su público sobre el tema pudo hablar, sin temor a la réplica, del inicio de la era musulmana y de los relatos oníricos contenidos en el libro sagrado escrito por el profeta Muhammad, comentando con cierta dispersión esa veta de la historia de las religiones mal aprovechada por los novelistas latinoamericanos, quizá por la falta de comprensión de todo ese material narrativo. Para concluir, Rubem Fonseca confesó haber mandado matar a una joven la noche anterior. Le aplaudieron, algo que no había sucedido con los anteriores visitantes. El alboroto rebasó su límite cuando aseguró que a la mañana siguiente iba a entregarse a la policía por su culpabilidad intelectual en el asesinato de la muchacha, del cual, además, fue testigo presencial. Siguió hablando pero los asistentes lo hicieron callar: pese a su deseo de conocer el desenlace de aquella historia debían ser fieles a las reglas y, entonces sí, proceder al colofón. Sin embargo el escritor, ya casi despojado de su máscara, insistía en relatar lo que faltaba. Póngalo por escrito, está muy bueno, le dijeron. Un escritor que debe hacer matar a una admiradora joven, guapa y dispuesta a cogérselo a media plaza con tal de obtener una foto junto a él sin importar el ángulo. Una grupi acechadora,

pasional e imprevisible que si se lo propone puede arruinar su carrera y su matrimonio ya de por sí lastimado, ¿no es así? Entonces el escritor contrata a un equipo de vándalos, y por unos cuantos billetes les indica dónde encontrar a la chica, ¿qué le parece? El objetivo es salir impune del asesinato con el menor número de sobornos. Una trama que podría formar parte de su ciclo de cuentos al estilo «Paseo nocturno» o que bien podría convertirse en una de esas novelas suyas sobre literatos y editores envueltos en cosechas rojas.

El que había hecho de Rubem Fonseca minutos antes pasó a ocupar un asiento en el círculo, todavía con el gesto de quien ha sido obligado a dejar su confesión voluntaria a medio camino, y no tuvo más remedio que escuchar el relato que daba por terminada la reunión del tercer viernes, relato que en buena parte hacía eco de sus palabras, opiniones y desvaríos. Por aquel entonces la mitad del grupo había cumplido con su aportación de manera satisfactoria. De seguir ese ritmo ascendente en la calidad del tiempo invertido el juego se haría una adicción más temprano que tarde, y esas horas se transformarían tal vez en las mejores de la semana para cada uno de ellos, minutos esperados con la impaciencia y el nerviosismo con que pasan los instantes precursores a la llegada de una primera cita. Alguien, o quizá todos a la vez, pensó que sería buena idea tomar una foto al final de cada encuentro, la foto del cenáculo de las 9:06 pm. Así recordarían con mayor precisión las notables caracterizaciones de los personajes invitados y constatarían con orgullo la participación incondicional de los seis hombres en el juego de los viernes, de principio a fin. Sin embargo no hubo uno solo que dejara de eludir la responsabilidad de llevar consigo una cámara fotográfica, algo de lo que por cierto no se extrañaban, como si una cámara portátil fuera lo más anormal en aquella época.